

Ridículo es la palabra que mejor define la situación. Ante el espejo, Carmen copia la portada del suplemento dominical. Es consciente de las diferencias insalvables —la chica es más joven, más alta, más delgada—, pero no le importa. Carmen está sola en casa hoy porque Fernando ha acudido a un casting en Barcelona, así que puede comportarse como una adolescente inmadura. Todo el mundo merece actuar así, piensa. No tiene nada de malo, piensa. Y posa frente al espejo del dormitorio, intentando de forma inútil que los muebles se difuminen en un fondo negro, que las manchas de su cara se suavicen, que se realcen sus facciones, que sus piernas crezcan y su cuerpo adelgace sin que los huesos de muerte sobresalgan bajo la piel. Y todo por un pequeño comentario del día anterior. Martín, su jefe, había dicho con la revista en la mano que le recordaba a la chica, que tenía un aire. Esas fueron sus palabras. Y Carmen busca ese aire no como nube de gas, sino como semejanza sólida. La Carmen adulta sabe que carece de cualquier parecido con la chica. También que está haciendo la estúpida sólo porque Martín la atrae. Pero la Carmen inmadura, la irracional, no se avergüenza. Cree que tiene derecho a mirarse y gustarse, a compararse con las divinidades capitalistas que presenta un suplemento del periódico para el que trabaja. Y al contemplarse, retrocede a un estado más primitivo que le provoca una ingenua felicidad. Al disfrazarse, disfruta. Al transmutarse, elimina todas las presiones laborales, todas sus obliga-

ciones como ciudadana. Deja de ser ella y puede imaginar una vida sin errores.

Lo nota cerca del pezón, a la derecha. Al principio es un vacío: siente la totalidad de su cuerpo excepto ese punto. Lo pasa por alto, confiando en que se arregle y que no se trate más que de una pesadilla. Luego admite su existencia. Toca la zona con el índice y el pulgar y comprende que se trata de un bulto. Lo comprueba varias veces ante el espejo, bajo la luz blanca y aséptica, hasta que decide que es real. Acto seguido, sentada en la cama, piensa que quizás no sea exactamente real. Es un elemento extracósmico, un monstruo que no puede formar parte de la naturaleza porque significa su destrucción. ¿A qué mundo pertenece entonces? Una pizca de infierno. El ultramundo. El Hades.

Deja la revista y realiza unas llamadas. Primero a Martín, su jefe, y le pide la mañana libre. Luego concierta una cita con el médico de cabecera de su ambulatorio. Al colgar piensa que irá sola, que Fernando no volverá al menos hasta el mediodía. Siempre la abandona en los peores momentos. Pero no debe ser perversa: él no lo sabe. No podría haberlo previsto. Se trata sólo de una casualidad.

Carmen se ducha bien, de esa forma preclínica que examina el cuerpo como una materia vergonzante. Se viste y acude al ambulatorio sin emociones ni preguntas. Incluso ella misma se sorprende fría en el metro. Piensa en una dislocación en dos cármenes. Pero no se trata exactamente de algo espacial. Las dos ocupan el mismo lugar y tiempo: es sólo que una reprueba el comportamiento de la otra con un leve gesto de cabeza.

En la sala de espera encuentra a una mujer que no deja de mirarla. Carmen la ignora, pero esos ojos ajenos se entrometen en sus pensamientos, se introducen bajo la ropa y le producen un cosquilleo desagradable, como si un par de

insectos negros recorrieran ágilmente su piel. Al poco comprende que la conoce, que han transcurrido lustros desde la última vez que coincidieron y que la mira así porque aún duda de que se trate de ella. La mujer se llama Victoria. Es la hermana mayor de una amiga de la infancia. No se parece a su amiga: no es pequeña, redonda ni encantadora, sino alta y cuadrículada como una campeona olímpica de halterofilia. Tras el saludo hablan sobre sus padres y el resto de amigos del colegio. Cuando Victoria le confiesa que ha acudido a la consulta para un seguimiento rutinario, Carmen miente:

—Yo también.

El marido de Victoria, según le cuenta, ha muerto a causa de un tumor, y ella teme que en un reconocimiento le encuentren otro. La conversación bascula en torno a la fatalidad, al cáncer como símbolo de la muerte que crece en el cuerpo, como un parásito alienígena que no sólo mata a la persona, sino que destruye la vida de sus allegados, los aterroriza y los hunde el resto de sus días. Su marido se ha ido en la peor época, dice Victoria. Es demasiado vieja para buscarse otro hombre y demasiado joven para pensar en una viudez permanente.

—Tengo treinta y siete años. ¿Quién va a quererme a mi edad? —dice Victoria.

—Hoy en día el mundo no es como antes. Una mujer siempre tiene posibilidades de rehacer su vida.

—Ya, pero eso lo dices porque tú trabajas en un periódico, que es un lugar muy moderno. Yo soy limpiadora, y allí la gente me trata como a una chacha. Si voy a un bar y le digo a un tío que me dedico a fregar suelos, sale corriendo.

Se abre la puerta de la consulta y es el turno de Carmen, que siente cierto alivio al dejar de hablar con la mujer. Sólo ha seguido la conversación como método de amnesia mo-

mentánea. Carmen cierra la puerta y el médico la invita a sentarse. Ella le explica la historia y él toma los datos con tranquilidad de burócrata. Le pide que se levante, que se acerque hasta la camilla y se desvista. Carmen piensa que hace mucho que otro hombre no le toca los pechos. Nota sus dedos hurgando maquinalmente, apretándole como un gato en busca de comida. Luego el médico le dice que se vista y que no se preocupe, que puede ser un bulto de grasa, pero que no hay que arriesgar. Lo comprobarán. Una radiografía, una mamografía y una ecografía. Le dice que se pase por rayos con un volante y que ya se pondrán en contacto con ella.

—¿No pueden decirme nada hoy? —insiste.

El médico comenta que es necesario que un par de especialistas analicen las pruebas y valoren a la luz del resultado si se procede a una biopsia. Le explica luego que para cualquier otro caso, tendría que pedir cita, pero se hace una excepción cuando se trata de bultos en el pecho no diagnósticables al tacto. Antes de salir, el médico la consuela diciéndole que no se preocupe. Su caso es más corriente de lo que se piensa y las pruebas tienen un carácter profiláctico. Un bulto en el pecho no es de por sí maligno.

Al salir de la consulta, Victoria ha desaparecido, así que no puede despedirse. Casi mejor, piensa. Acude a rayos, y tras todas las pruebas humillantes huye del hospital.

Decide volver a pie porque no soporta la idea de esperar sentada en un vagón, rodeada de desconocidos mudos, quietos, cómplices de la flecha del tiempo y la necesidad. Quiere sentirse activa. Por el camino saca el paraguas con las primeras gotas, se lo cambia de brazo, lo gira. En cuanto ve la puerta del bloque, sube las escaleras, evita encontrarse con vecino alguno e introduce la llave en la puerta al segundo intento. Entra, suelta el paraguas, su mano lo deja

precipitarse como aquejada de una miastenia repentina, y moja el suelo con los restos de lluvia. Se apoya en la puerta para cerrarla, se deja caer por ella lentamente, como en una danza exótica, hasta que queda sentada en el suelo. Permanece unos veinte minutos sin quitarse las lágrimas de la cara, suspirando sobre la puerta del piso. Luego se yergue, guarda el paraguas y se viste el pijama. Piensa en anomalías, en que la realidad no es lo que ocurre a su alrededor, sino algo diferente que descubre poco a poco, todas esas previsiones más o menos lógicas y basadas en la experiencia que hace su cerebro, aderezadas con recuerdos e instintos primarios.